

tes de España para proponer vias de avenencia y conciliacion con su antiguo soberano; mas se habian contraido demasiado grandes compromisos para que se pensase con sinceridad en semejante arreglo. Volvieron de nuevo sus ojos los confederados hácia Francia, y enviaron una solemne embajada á Enrique III, solicitando su proteccion y auxilios, ofreciéndole recibirle y reconocerle por señor con ciertas condiciones. Era tentadora la proposicion, y no podia menos de halagar á Catalina de Médicis y aun á su hijo, que no ignoraba la guerra sorda que le estaba haciendo el rey de España. Mas dominaban en el Consejo los jefes de la liga, tan estrechamente unidos á este último, é hicieron ver á Enrique III los graves peligros á que expondria el pais aceptando una soberanía que le acarrearía mil gastos sin utilidad alguna. Vaciló el rey como lo tenia de costumbre, y no siendo en realidad el mas fuerte, cedió á influencias extranjeras, dando una negativa formal á las proposiciones que le hacian los de Flandes. Con este motivo se vieron éstos en necesidad de buscar otro protector y auxiliador, que hallaron al fin en la persona de la reina de Inglaterra. Mas antes de pasar á este nuevo orden de cosas en los Países-Bajos, necesario será que retrocedamos algo y nos ocupemos en los asuntos de Portugal, de tanta importancia y bulto en la historia que escribimos.

### CAPITULO LIII.

Asuntos de Portugal.--Muerte de don Juan III.--Regencia del cardenal don Enrique.--Carácter é inclinaciones del rey don Sebastian.--Toma las riendas del gobierno.--Su primera expedicion al Africa.--Vuelve á Lisboa.--Hace preparativos para una nueva empresa.--Se declara protector del emperador destronado de Marruecos.--Su entrevista en Guadalupe con el rey de España.--Se embarca con su ejército.--Llega á Cádiz y de aquí á las costas de Africa.--Plan desacertado de campaña.--Batalla de Alcazarquivir.--Total derrota del ejército portugués.--Muere en el campo de batalla el rey don Sebastian.--Pormenores de la pérdida.--Traslacion del cadáver de don Sebastian á Lisboa (1).

1557—1578.

**P**ARTICULARIDAD es de grande consideracion en la historia de Felipe II, que habiendo heredado de su padre la monarquía mas vasta entonces de la Europa, hiciese adquisicion de otra, que si no muy grande por su territorio de esta parte de los mares, formaba por sus ricas posesiones de la otra una de las principales potencias en el orbe culto. Se vé que hablamos de Portugal, cuya historia, en todos tiempos tan enlazada con la nuestra, se puede considerar como la misma en lo que nos resta del reinado que escribimos.

A la muerte de don Manuel, ocurrida en 1521, subió al trono su hijo don Juan III, hermano de la emperatriz Isabel, y casado con Catalina de Austria, hermana de Carlos V. Los historiadores hacen todos mencion muy buena de este principe por su amor á la justicia y capacidad en materias de gobierno. Se hallaba entonces en un estado de brillo y de grandeza por sus vastas posesiones de Africa y Asia, que daban al comercio y á la

(1) Herrera, Historia de Portugal. Cabrera, vida de Felipe II. Ferreras, Historia general de España. La Clede, Historia de Portugal. Mello, id. Vasconcelos, Anacnphalceosis.

navegacion tan gran fomento; mas de esta materia trataremos en su lugar correspondiente. Bajo el reinado de don Juan III se introdujo la inquisicion en Portugal por las artes de un impostor que se dijo nuncio de Su Santidad con poderes para ello.

Murió este monarca en 1557, dejando la corona de Portugal á su nieto don Sebastian, de edad solo de tres años. Habia estado casado el padre de este príncipe é hijo de don Juan, con la princesa doña Juana, hermana de Felipe II; y como la primera mujer de don Felipe, doña Maria, habia sido hija de don Juan, era el rey de España tio doble del rey niño. Estos enlaces tan frecuentes entre las casas de uno y otro reino, dieron lugar á sucesos de muchísima importancia, segun veremos luego.

Quedó encargada de la regencia de Portugal la reina viuda doña Catalina; mas por la retirada total de esta princesa de los negocios del mundo, hizo renuncia y pasó á manos del cardenal don Enrique, hermano de don Juan y de todos los hijos de don Manuel, el solo que restaba. La administracion de ambos fué bastante feliz, y en sus manos no perdió Portugal nada del lustre y consideracion pública que bajo los dos reinados anteriores disfrutaba.

Mostró el rey don Sebastian desde sus mas tiernos años vivo ingenio, entendimiento claro, deseos de instruirse y de gobernar con arreglo á leyes y á justicia; mas entre todas estas cualidades se distinguia un gusto por la profesion militar, que con el tiempo llegó á ser pasion desenfrenada. No fermentaban en la cabeza del jóven Sebastian mas que imágenes de guerras contra moros, excitándose su ardiente fantasía con los recuerdos de las proezas de los portugueses en las costas de Africa en el siglo anterior y en tiempo mas reciente. No poseia ya el Portugal de todas sus conquistas en esta parte, mas que las tres plazas de Ceuta, Mozagan y Tánger. Con la reunion de los cuatro Estados de Fez, Tremecen, Suz y Marruecos, se acababa de formar en aquellas regiones un imperio formidable. Habian sido sitiadas con notable

pérdida y matanza de los sitiadores, por las tropas del emperador Muley-Abdalla, las plazas de Mozagan y Tánger (1565), y el rey de Portugal, no siendo entonces de mas edad que la de once años, comenzó á anunciar el proyecto de pasar al Africa y restablecer allí la dominacion de las armas portuguesas. No faltaron en su corte consejeros hábiles, hombres de prudencia, que espantados de las consecuencias para el reino de tan funesta propension, trataron de inspirar al rey sentimientos pacíficos; pero fueron mas los cortesanos que se decidieron á balagarla por espíritu de adulacion ó de partido.

Desde que llegó el rey á la edad de catorce años, término de su minoría, no se ocupó mas que de la guerra de Africa, sueño de casi toda su existencia. Ni los consejos, ni las representaciones de los bien intencionados, pudieron desviarle de una idea tan perjudicial al reino como en sí misma extravagante. A la organizacion, á la instruccion de su pequeño ejército, á la lectura de las expediciones que habian cubierto de gloria el nombre portugués, se consagraban casi todos los momentos de su vida. Para ensayarse en la profesion militar, para examinar de cerca el pais que iba á ser teatro de su gloria, proyectó una expedicion al Africa, y seguido de solos mil quinientos hombres, se embarcó en 1574 en medio de las lamentaciones del pueblo, de las lágrimas de su tio y de su abuela, que no le pudieron disuadir de su proyecto. Desembarcado en Tánger, recorria sus inmediaciones con la misma confianza que si estuviese en Portugal, cuando percibiéndolo los moros le atacaron de sorpresa con fuerzas superiores. Fué el encuentro muy sangriento, y aunque los enemigos quedaron al fin desbaratados, no debió don Sebastian su salvacion mas que á su valor desesperado y temerario. Este accidente, que debia de hacerle entrar en sí, no hizo mas que confirmarle en su resolucion de empeñarse en otra tentativa mas en grande, y de cuyos preparativos comenzó á ocuparse desde su regreso á sus Estados.

Dió nuevos estímulos á las miras ambiciosas de don Sebastian la guerra civil encendida entonces en Marruecos. Por la muerte del emperador Muley-Abdalla, habia subido al trono su hijo Muley-Hamet, en perjuicio de sus tios, hermanos del difunto, llamados á la sucesion por las leyes del pais, con preferencia á su sobrino. Uno de ellos, llamado Abdel-Muley-Moluc, despues de haber errado prófugo por varias córtes de Africa, se hizo al fin con un ejército, al frente del cual volvió á Marruecos á vindicar sus derechos usurpados. Decidió la cuestion una batalla en que fué el sobrino derrotado y compelido á huir, dejando á Muley-Moluc en la posesion del trono. Recurrió el fugitivo emperador á varios príncipes de la cristiandad, ofreciéndoles vasallaje si le daban medios para volver á sus Estados. Fué uno de ellos el rey de España; mas éste se negó á entrar en tratados con el moro. Habia entonces entablado Felipe II negociaciones con Abdel-Moluc, con el fin de evitar que éste coadyuvase con sus fuerzas á los designios del nuevo sultan Amurates III, hijo de Selim II, deseoso de arrancar las plazas de Oran y Mazalquivir de la dominacion del rey católico. Por otra parte le parecieron muy débiles los recursos con que contaba Muley-Hamet, y no quiso por lo mismo aventurar en una expedicion que le ofrecia pocas ventajas, las tropas y recursos que tanto necesitaba en otra parte.

Dió oidos don Sebastian á lo que desechara el rey de España, ofreciendo á Muley-Hamet restituirle lo perdido, bajo las mismas condiciones, y desde aquel instante se entregó de nuevo á sus sueños de victorias y conquistas, lisonjeándose tal vez de plantar los pendones de Portugal sobre los muros de Constantinopla. Le halagaban los embajadores de Muley-Hamet con la idea de que inmediatamente que desembarcase en Africa se le abririan las puertas de Arcilla, una de las plazas mas fuertes de la costa, donde podria establecer la base de sus operaciones.

A los vastos designios de don Sebastian, correspon-

dian poquísimos sus medios. Estaba el pais exhausto con las guerras anteriores, y la grandeza de Portugal tenia mas de brillante que de sólida. Con cortas fuerzas y medios pecuniarios muy escasos, apeló el rey á contribuciones extraordinarias, que se recaudaron con tanta mas dificultad, cuanto que era muy impopular en el reino la expedicion que meditaba. Viendo que á pesar de sus esfuerzos no podia allegar fuerzas adecuadas á la empresa, acudió Sebastian á su tio el rey de España; y para tratar con mas extension de este negocio, hizo un viaje á Guadalupe, en Extremadura, adonde le habia citado Felipe II á instancias suyas. Se verificó la reunion á últimos del año 1577; y aunque el monarca portugués fué bien recibido por el español y tratado con las consideraciones debidas á su clase y tan estrecho parentesco, no produjeron para él las conferencias el resultado que esperaba. No solo se manifestó contrario el rey de España á la idea de tomar parte en el negocio y concurrir á los gastos de semejante expedicion, sino que trató de disuadirle de una guerra que no podria ocasionarle mas que gastos y desastres, sin ninguna sólida ventaja. En caso de que se obstinase en llevarla á cabo, le aconsejó al menos que no la mandase en persona; y si aun se empeñaba en ello, que por ningun motivo se alejase de la costa. Hay historiadores que atribuyen á Felipe II un lenguaje diferente, suponiendo que aconsejó á don Sebastian la expedicion, con las miras de sucederle en la corona en caso de un desastre. Sin tratar de sondar las intenciones, es un hecho que le aconsejó como un buen pariente, como un hombre cuerdo y experimentado. Mas ni estos consejos, ni las súplicas de don Enrique, ni las amonestaciones de sus consejeros, ni la consternacion del pais, que ya lamentaba los desastres de la expedicion, hicieron desistir á don Sebastian de su proyecto. Viendo Felipe II que nada le hacia fuerza, le prometió un cuerpo de cinco mil hombres, y aun se encargó de enviar una persona entendida y de confianza, á fin de que explorase en las costas

de Africa el verdadero estado de las cosas. Este viaje tuvo efecto, mas se redujeron á dos mil los cinco mil hombres prometidos, por las noticias que tuvo el rey de la necesidad de enviar nuevos refuerzos á los Países-Bajos.

Despues de haber completado los preparativos ó los que él reputaba como tales, y formado un Consejo de regencia, por no haber querido encargarse de ella don Enrique, se embarcó don Sebastian en junio de 1578 con la expedicion, compuesta de nueve mil portugueses, dos mil españoles, tres mil alemanes, seiscientos italianos, en todo quince mil hombres, con doce piezas de campaña. A los inconvenientes de tan pequeño ejército, se agregaba el de la escasez de los caballos, que no pasaban de mil y ochocientos, habiéndose embarcado sin ellos una gran parte de los jefes principales.

Estaba nombrado capitan general del ejército don Luis de Ataide; capitan general de la armada don Diego Sosa, y capitan de los caballeros aventureros que seguian al ejército, don Cristóbal Tabora. Entre los principales personajes que acompañaban al rey, se encontraban don Federico, hijo del duque de Braganza, y don Antonio, prior de Crato, que con el tiempo hizo tan gran papel en la historia de este reino.

Llegó la expedicion en el curso del mismo mes á Cádiz, donde fué recibido el rey con todo aparato y solemnidad por su gobernador don Alonso Perez de Guzman el Bueno, sexto duque de Medinasidonia. Le rogó este personaje á nombre del rey, que no pasase adelante y que esperase allí el resultado de la campaña, encomendándola al general en jefe. A este consejo no quiso dar oidos el rey don Sebastian, creyéndose lastimado en su amor propio, y se volvió á embarcar, embriagado mas que nunca con la ilusión de restablecer con un puñado de gente á Muley-Hamet sobre el trono de Marruecos.

Desembarcó la expedicion entre Tánger y Arcilla, sin que don Sebastian tuviese formado un plan de sus movi-

mientos ulteriores. De Tánger salió á recibirle el emperador desposeido Muley-Hamet, llevándole de auxilio cuatrocientos moros, y los dos monarcas se dirigieron á la plaza de Arcilla, á cuyas fortificaciones añadió don Sebastian reparos nuevos. Despues de quince dias de irresolucion, en que consumieron la mayor parte de sus provisiones, determinó el rey comenzar la campaña por la toma de la plaza de Larache; mas en lugar de hacer la expedicion por mar, como el buen sentido se lo aconsejaba, decidió ir por tierra, teniendo que atravesar en lo mas fuerte del estío un pais árido, arenoso, que no le ofrecia agua ni recursos de ninguna especie. En vano los capitanes mas prudentes y el mismo Muley-Hamet se esforzaron en hacerle ver lo desatinado y hasta peligrosísimo de semejante expedicion, habiendo ejercido mas imperio en su ánimo las insinuaciones de algunos, que conocedores del carácter del rey, le hicieron ver que hallándose ya los enemigos á la vista, seria reputada esta expedicion marítima como una fuga, ó al menos retirada.

No habia estado dormido mientras tanto Abdel-Muley-Moluc, emperador reinante de Marruecos, contra el que don Sebastian tan pocas fuerzas desplegaba. Los historiadores convienen en alabar mucho la actividad y genio militar de este monarca. Como no habia ofendido en nada al rey don Sebastian, se admiró mucho que se declarase su enemigo y aspirase á destronarle. Aun dió con él pasos de avenencia, ofreciéndole algunas plazas, con la condicion de que abandonase la causa del sobrino. Cuando supo que eran todos infructuosos, y que el rey de Portugal se obstinaba en llevar adelante su designio, escribió á los deyes, sus aliados, y tomó todas las medidas necesarias para sacar á campaña el mayor número de tropas posible, á cuya cabeza se puso en persona, aunque conducido en litera, hallándose aquejado por una grave enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro. Se componia su ejército de treinta y seis mil caballos, entre los que se hallaban dos mil con arcabuces, siete mil in-

fantes, todos arcabuceros, y treinta y cuatro piezas de campaña, sin contar con una porcion de tropas irregulares árabes que igualmente le seguian. Con toda esta gente caminó hácia Arcilla, observando los movimientos de los portugueses. Sabedor de la desacertada jornada que estos emprendian, envió tres mil hombres para ocupar un vado por donde tenian que pasar el rio Larache; y los portugueses, destituidos de este recurso, creyendo haber encontrado otro, se hallaron con la novedad de que estaba intransitable. En aquel conflicto, sin poder pasar adelante, sin poder ni querer retroceder, hallándose sin viveres, no se presentó mas recurso que el desesperado de dar batalla al moro, que se hallaba con fuerzas tan superiores á las portuguesas. El 4 de agosto del mismo año, en un sitio llamado Alcazarquivir, tuvo lugar esta refriega, una de las mas desastrosas que están consignadas en la historia. Arengó á sus tropas Sebastian: mandó que se llegasen á su litera el emperador marroquí los principales jefes del ejército, y les recomendó que peleasen con valor por la causa de la fé de Mahoma, y obtuviesen á toda costa una victoria, ya de ningun provecho para él, hallándose tan próximo á la muerte. A su hermano Muley-Hamet que le acompañaba en la expedicion, y tenia el mando de la caballería, hizo aparte el mismo encargo, amenazándole en nombre del profeta con que le haria cortar el cuello á la primera señal que diese de cobardía ó negligencia.

Se componia la vanguardia del ejército portugués de tres escuadrones de infantería: en el costado izquierdo los castellanos mandados por don Alonso de Aguilar; á la derecha los alemanes por el coronel Talver, y en el medio los aventureros portugueses al cargo de Cristóbal de Tabora. Componian el cuerpo de batalla los tercios de infantería portuguesa mandados por don Miguel de Noroña y Basco de Silveira, y la retaguardia otros dos tercios de la misma nacion al cargo de Diego Lopez Siquera y Francisco de Tabora, iban los tres cuerpos flan-

queados por mangas de arcabuceros de todas naciones, y la caballería formaba dos alas en el cuerpo de vanguardia. El rey, que hacia veces de maestre de campo general y de general en jefe, pues todo lo disponia por si mismo, marchaba en el cuerpo de batalla, llevando á su lado á Muley-Hamet, seguido de sus cuatrocientos moros. Los bagajes iban protegidos por la caballería, y las piezas de campaña en los huecos que dejaban los tres cuerpos ó trozos del ejército.

Tomó Abdel-Moluc las disposiciones que la situacion le sugeria, dando á su línea de batalla una forma semicircular con el objeto de envolver á los contrarios. Los portugueses no aparentaron arredrarse con tal disposicion, y se prepararon para la batalla como cumplia á soldados tan valientes. Comenzó la accion por descargas de artillería de una y otra parte; mas como la de los moros era tan superior, no quiso don Sebastian exponer á los suyos á un desorden manteniéndose parados, y mandó que la vanguardia atacase la línea de los moros. Se desordenaron estos en el acto, y aunque Muley-Moluc envió la orden de que los reforzasen, no pudieron á su vez romper la línea de los portugueses. Mientras se combatia aquí con gran ventaja de estos, se corrieron los moros por los dos flancos, y atacaron la retaguardia que fué desordenada. En aquellas llanuras, en aquella estacion, en aquel clima, no era dado á la infantería portuguesa, aunque superior, resistir el ímpetu de tantos caballos que por todas partes sobre sus filas se arrojaban. Eran precisas otras disposiciones, y para tomarlas un hombre de mas capacidad ó de mas genio. Quedó derrotada la retaguardia portuguesa; se fué destrozando poco á poco toda la vanguardia, en medio de grandes esfuerzos de valor, abrumada bajo la superioridad del número. Se movió entonces don Sebastian al frente del cuerpo de batalla, resuelto á vender cara su vida, y ya que no á vencer, á salvar los restos de su ejército. De que hizo heroicos esfuerzos de valor, dan testimonio su carácter y

el arrojó que habia ya desplegado. En varias partes se le vió combatir ya á caballo, ya á pié, pues tuvo dos muertos durante la refriega. Llevaron al principio lo mejor los portugueses, arrollando las líneas enemigas; mas acosados al fin en todos sentidos por tantos de á caballo, cupo al cuerpo del ejército la misma suerte que á los anteriores. Se introdujo el desorden en las filas; al desorden siguió la derrota, acompañada de la mortandad, y en medio de increíbles esfuerzos aislados de valor, de la confusión, de los gritos feroces, de todas las escenas de horror que abraza la imaginación, mas no pueden describirse, se iban cubriendo los campos, ó por mejor decir aquellos arenales abrasados, de cadáveres. Pocas batallas tuvieron un fin tan desastroso. De los quince mil hombres á que ascendía, sobre poco mas ó menos, el ejército portugués, todos quedaron muertos ó cautivos, á excepcion de cuarenta y cinco hombres que llevaron á la plaza de Ceuta la noticia del desastre. Fué mayor que el de los muertos el número de los cautivos; el botín inmenso, pues el rey y los nobles portugueses se habian esmerado en presentarse con todo el lujo y magnificencia posibles en aquel país que consideraban como de glorias y conquistas.

En medio de los desastres que hacen tan memorable esta jornada de Alcazarquivir, contribuye á su celebridad la circunstancia de haber ocurrido en ella la muerte de tres reyes. El emperador Muley-Moluc, al querer pasar de su litera á un caballo por creer en mal estado la batalla, se desmayó con el esfuerzo; y aunque volvió en sí, espiró pocos momentos despues, poniendo un dedo en la boca, dando á entender á los que le rodeaban que no lo divulgasen. Manifiesta bien este rasgo, aunque parece tan sencillo, el temple de alma de un emperador, que á la orilla de su tumba con tan sangre fria tomaba las disposiciones de batalla semejante. Fué la orden obedecida, y tan guardado el secreto de su muerte durante la refriega, que los principales oficiales de su comitiva

continuaban acompañando la litera, inclinándose á veces, en actitud de hablar con él y recibir alguna orden. El pretendiente ó mas bien desposeido Muley-Hamet, murió en la retirada al querer pasar un vado. De la muerte del rey de Portugal se dudó mucho entonces; y una prueba de que no fué creida generalmente en el país, es que muchos impostores se presentaron con su nombre. Segun unos murió peleando, haciendo prodigios de valor, suerte que ya habia cabido á cuantos le rodeaban. Dijeron otros que habia sido hecho prisionero y que le habia dado muerte un jefe moro, al ver que se habia suscitado una contienda sobre quién se habia de llevar tan rica presa. Mas es lo cierto que á los dos dias despues fué descubierto de entre un monton de cadáveres el suyo, y aunque ya desnudo, reconocido por sus sirvientes y otros caballeros cautivos, que dieron este testimonio con sus lágrimas. Conservó con cuidado este cadáver el nuevo emperador, hermano de Muley-Moluc, y sin ningun rescate le entregó á un comisionado del rey de España, quien mandó se depositase en Ceuta. De aquí se le trasladó á Lisboa, donde á pesar de la oscuridad en que estaba envuelto este suceso, no quedaba ya duda de su muerte.